



















gros magníficos. Milagros que pueden ser un solo gesto de la vida de un hombre, o la presencia de un ser excepcional, artista o santo (Sor Juana o San Francisco), o bien un periodo limitado en el tiempo (como el siglo v griego) o una obra única en una época que quizá no se la merecía, como una pintura de Velázquez o la iglesia del Carmen de San Luis Potosí. Y claro, su interés por el arte se explica principalmente porque su campo parece ser uno de los más propicios para la aparición de esos hechos excepcionales; pero a la vez se explica su postura de no considerarlo un campo autónomo. El milagro puede surgir en cualquier momento: un estudiante brillante, un nuevo amigo, un bello rostro, un poema no antes leído, una obra de arte perdida en un pueblo miserable. Y su condición de milagro se resalta y se nota en parangón con el resto de la realidad, con la cotidianidad mediocre, con la regularidad intrascendente de la vida.

Si se tiene presente lo dicho aquí acerca de la postura de Francisco de la Maza en relación al problema de la belleza se entenderá quizá mejor por qué, aunque nunca separó las obras del contexto en que fueron producidas, y aunque se sirvió de ese contexto para entenderlas mejor, y aunque haya tenido lo histórico por componente inseparable de la obra y de sus valores de belleza, a pesar de ello no apoyaba sus juicios críticos en esa realidad histórica sustentante y componente. La belleza de la obra, como la belleza humana, física o moral, tenía para don Francisco esa condición de milagro que la hace trascender su tiempo y su circunstancia. Por lo mismo, aunque especialmente atraído por el fenómeno artístico, se interesó por los más variados aspectos de la vida humana, presente y pasada: el fenómeno excepcional, capaz de dignificar la vida y la historia, podía darse en cualquier momento y en cualquier circunstancia. Podría decirse que Francisco de la Maza siempre estaba, con el ojo y el espíritu avizor, a caza de milagros.

La manera como el doctor De la Maza entendía el problema de la belleza, con esa contradicción interna casi irreductible, y la forma que dio a muchos de sus trabajos, que se mueven en ese "género intermedio" que he descrito, son dos aspectos de su obra que en forma tácita nos remiten a una posibilidad de entendimiento de su personalidad como estudioso, lo que a su vez revierte, creo, sobre su misma obra, iluminándola. Piedras de toque, digo, porque a partir de ellas —y seguramente de otras— estamos quizá en una posición mejor para comprender al hombre y a su tarea.